

## CAZA Y AMOR EN UNA SIESTA DE VERANO

POR

ANTONIO RODRIGUEZ HUESCAR

*¡Qué congoja, Señor, en los agostos, la hora de la siesta! Todos se iban a las lóbregas cuevas del sueño, mis padres los primeros, dejándome en incomprensible abandono. Porque yo no podía dormir en aquellas horas de plenitud diurna. Lo intenté, ¡cuántas veces!, para escapar a la garra invisible de la soledad y... para hacer lo que todos hacían. Pero la vigilia en la oscuridad del cuarto, la forzada quietud sobre la cama sin deshacer, los ojos obstinadamente apretados, toda aquella falsa noche contra natura—¡en lo más glorioso del día, Señor, cuando el sol era un ascua y todo esplendía sobre la tierra!—eran tan opresivos, que me dolía insoportablemente el corazón y tenía que huir afuera, a buscar, por lo menos, la muda compañía de las cosas. Era como si todos se muriesen contra mí, con una burlona muerte de mentirijillas que tenía no sé qué de plácido y horrible.*

*Y entonces era el idear arbitrios para rellenar aquellas horas blancas. A veces eran lecturas bajo los polvorientos evónimos del patio, que habían crecido sin poda ni guía, anárquicamente (solía venir a rondar algún moscardón, zumbando en el silencio candente; si era negro, mensajero de desgracia, procuraba atraparlo; si rubio, nuncio de ventura, me dejaba arrullar por su zumbido). Otras veces acudía a mi arsenal de objetos inútiles, en una bodega abandonada que había en el corral, y me entretenía fabricando estructuras de extraño aspecto y función desconocida; lo importante era conseguir sólidos ensamblajes entre trozos de cosas heterogéneas, de los que resultaban casi siempre monstruosas máquinas paráliticas. También me ocurría en ocasiones no hacer nada, asaltado por el tedio y la desgana; me entregaba en los lugares más insólitos—el peldaño de una escalera, el quicio de una puerta, la cama de un arado—a caprichosas ensoñaciones, o me dejaba visitar en mi yermo de sueño por tentaciones precoces. Otras mil variantes tácticas ensayaba en mi guerra contra la soledad; pero siempre, siempre, mi distracción se edificaba precariamente, sobre un subsuelo de angustia. Nadie comprendería nada de mi agonía, y yo la*

*celaba cuidadosamente, para no caer en ridículo ante las buenas gentes que podían dormir sin empacho en la comba del día.*

*Aquella tarde, sin embargo, había encontrado un estupendo recurso, y allá me iba, con corazón impaciente, a ponerlo en práctica. Llevaba en el bolsillo mi tirador nuevecito, de fuertes gomas cuadradas, recién compradas en la tienda de Rodrigo, y magnífica horquilla de hierro retorcido, que me había forjado Desiderio, el hijo del herrero; el chinero era de un cuero muy flexible, que había recortado yo mismo de una bota de montar vieja que encontré en un rincón del ropero. En otro bolsillo llevaba mi buena provisión de perdigones. Sencillamente, iba de caza. Sería aquél un honroso desquite. Cuando ellos despertasen, yo los asombraría con mi botín. Podría decirles: "Mirad lo que he hecho mientras vosotros roncabais." Y les mostraría con orgullo veinte gorriones muertos colgando de mi cinto. Había elegido como cazadero la cámara del Quinto, el viejo peón caminero jubilado, desde cuya ventana casi se tocaba el ramaje de un paraíso, siempre cuajado de huéspedes sonoros.*

*La carretera estaba desierta, toda blanca en el sol de mediodía; el aire era caliginoso y sofocante. Un perro, tumbado en la escasa sombra del olmo desmochado que había junto a la casucha de Poncio el cabrero, jadeaba con la lengua fuera; sus ijares palpitaban con ritmo de fiebre. El animal cerró un momento las fauces al pasar yo y me miró con unos ojos desesperados. En las eras había poca actividad a aquella hora. Sólo dos o tres trilladores habían recommenzado su tarea monótona, casi tantálica, de dar vueltas y vueltas a la parva con sus trillos arcaicos de pedernal. Uno de ellos era Garduña, el muchacho forastero que servía con el hermano Arcángel, el avaro. El fuego blanco que caía del cielo era tan aplanante que ni siquiera Garduña, que se pasaba el verano como la cigarra de la fábula, tenía en aquel momento ánimo para cantar. Los conos y heces de paja rebrillaban como una nieve seca y ardiente, y las hacinas de mies sin triturar parecían tómulos amarillentos ante el desamparo de la llanura, abrasada en su soledad de tierra sorda.*

*Fuí andando despacio, para no atraer la curiosidad maliciosa de Garduña; con fingida indiferencia, como si jugase, hundía los pies y abría surcos en la espesa capa de polvo que colmaba los relejes de la carretera; la ilusión de mi pequeña arma, que acariciaba en el bolsillo, me impedía sentir la flama que incendiaba el aire.*

*La casa del Quinto, la última del pueblo, estaba recién blan-*

queada, y la cal relumbraba en las paredes cegadoramente. Empujé la puerta, entornada como de costumbre, y entré en el zaguán, apartando una cortina de dril descolorido. Me bañó una penumbra fresca, que al principio me pareció oscuridad completa. Sólo veía, al fondo del segundo zaguán, una rendija de luz que filtraba la puerta del patio. Por ella entraba también, tamizado, el piar de los gorriones. Como grotesco contrapunto, se oían los ronquidos acompasados del Quinto, que sesteaba en la alcoba de al lado. Olía a pan tierno y a guiso con muchas especias.

Me detuve un poco, para acostumbrarme a la oscuridad, y una gota de sudor me resbaló, ya fría, por la mejilla. Pronto comenzaron a hacérseme visibles las litografías ennegrecidas y muy manchadas de moscas que colgaban de las paredes. Representaban combates—navales y terrestres—de la guerra rusojaponesa. Desde fuera, del otro lado de la carretera, me llegó escarabajando perezosamente la voz chillona y destemplada de Garduña, que se aventuraba al fin, en su feroz aburrimiento, a marear desganada en la calma chicha de la siesta. Cantó:

Porque registré un baúl  
me llevan a la perrera.  
¡A naide qué se le importa  
que registre lo que quiera!

La voz arrastraba y parecía quemarse, retorcerse y crepitar, apenas salida de los labios de Garduña, agrietados y blancuzcos. La copla aquella, solitaria y absurda en medio de la vasta desolación ardiente, me llenó de pronto, no sé por qué, de tristeza y desasosiego. La última sílaba se evaporó en el aire con un chirrido sordo de gota de agua en contacto con un hierro al rojo, y otra vez dominaron los ronquidos del Quinto, graves y monótonos, aventando silencio como un fuelle tenaz desde la fragua oscura de su sueño.

Tenía sed. En el vano, entre los dos zaguanes, pendía la jarra de Andújar, aquella jarra tentadora de la que el Quinto no permitía beber a nadie. Como estaba demasiado alta para mí, acerqué una silla con cuidado y, subiéndome encima, abracé el redondo cuerpecillo rezumante y hundi la boca en la fresca corola de cuatro lóbulos, en largo, deleitoso trago. Se removieron dentro oscuros cristales, olí el barro mojado y escuché con delicia el cloclo del agua al verterse de la alcarraza en mi garganta. Bebí hasta saciarme, y creo que aquella audaz violación de las sagradas leyes de la casa me infundió coraje para seguir adelante con mi propósito.

Desde el segundo zaguán, levantando otra cortina desteñida,

*entré en una estancia ancha y totalmente en tinieblas. Era una pieza destartalada y sin muebles, que sólo servía de paso. La alcoba del Quinto se abría a esta habitación, y sus ronquidos sonaron ahora temerosamente próximos. Busqué a tientas la estrecha escalera, la subí sigilosamente, y, ¡al fin!, me encontré en la cámara.*

*Era ésta un largo desván que atravesaba todo el espesor de la vivienda, desde la fachada de la carretera hasta el interior del patio-corréal. Dos ventanucos, uno en cada fachada, lo iluminaban malamente. Había allí horcas de ajos y ristras de guindillas secas, racimos de pasas y algunas tripas de manteca amarillenta, colgando de las vigas, y en un rincón, un montón de panochas roseteras. Trastos diversos aparecían en desorden aquí y allá: un botijón verde, vidriado, cubierto de polvo y grasa y atado con un vencejo, que servía para llevar el aceite en el hato de la siega; tres cántaros sin estrenar, de carnación rosada y gris; un escardillo, una artesa, dos escobas de heno, unas devanaderas rotas del año de la Nana, un quepis mugriento de peón caminero junto a unos atelajes de burro, pendientes de estaquillas clavadas en el muro...*

*Como la cámara carecía de cielo raso, hacía en ella un calor de horno. Por el ventanuco que daba a la carretera y al campo caía casi a plomo sobre el suelo de yeso una cuchillada de sol, y en la faja de aire que transía danzaban moscas y partículas de polvo. Me acerqué a mirar: las eras absortas en el gran fuego meridiano, los haces de cegadora paja, las hacinas tumulares de mies amarillecida, los cansinos tiouvivos sin alegría—las norias secas—de los trillos; más allá, la llanura pelada, rastrojada, de una grisura blanquinosa y trémula, fundiéndose con el cielo en la unánime reverberación desamparada. Garduña ya no cantaba. Bajo su astroso sombrero de palma, era una especie de erguido andrajo gobernando su trillo de pedernal. El hermano Arcángel salió renqueando de detrás de una hacina, empuñó una horca y se puso a revolver la parva despaciosamente. Un silencio mágico y cargado de un tedio infinito envolvía el mundo. Sólo el piar sofocado de los gorriones, que entraba por la otra ventana, y los ronquidos, ahora amortiguados, del Quinto, trazaban íes y más íes en su plana blanca.*

*Súbitamente, un crio comenzó a gritar con furia en alguna casa de la vecindad. Luego se oyó una joven voz de madre, aplacadora primero, y después también enconada. El lloro se apagó tan de repente como había surgido—vi con la imaginación un pecho henchido saliendo de una chambra y unos labios moradillos agarrándose ávidos al pezón—, y el silencio cerró otra vez sus aguas sobre la tarde. Todo el pueblo parecía dormido, muerto, bajo la cantá-*

*rida del sol. Y la tierra calcinada, tendida boca arriba hasta los cerrillos calvos del horizonte, yacía muerta también. Sentí unos deseos locos de ponerme a llamar a voces a Garduña y al hermano Arcángel, únicos seres vivos en aquel mundo muerto en el sol. Pero... ¿es que siquiera ellos estaban vivos? El hermano Arcángel no pensaba más que en "arrebañar perrillas"; ni tenía amigos ni reconocía parientes. Se decía que almorzaba con un diente de ajo y cenaba con un tomate. Al pobre Garduña lo explotaba, lo exprimía, vigilándolo sin descanso. Y Garduña, por su parte—así llamado por sus redondos ojillos pardos y su cara astuta y afilada, llena de pecas y de empeines, sí que también por sus constantes rate-rías—, hacía lo que podía por amolar al viejo. Eran como dos extraños insectos, siempre enzarzados en su lucha bizca y tozuda. A su manera, vivían, pues, íntegramente el uno para el otro, y no querían ni podían existir para los demás.*

*No sé que impulso angustioso me movió a cerrar de golpe el postigo de la ventana. El ruido que hice me pareció estruendoso, y tuve miedo. "Si se despiertan y me sorprenden aquí—pensé—, es seguro que me toman por un ladrón." Me sentí abochornado ante este pensamiento, asombrado de que no se me hubiera ocurrido antes, ni siquiera cuando bebí de la jarra de Andújar. Veía ya los rostros severos de mi padre, del maestro, del cura; las lágrimas de mi madre; las burlas de mis compañeros de escuela—¡tal vez acabarían llamándome también Garduña!—. Y como si el Quinto hubiese sorprendido misteriosamente mi pensamiento desde la resonante caverna de su sueño, dió ahora un fuerte ronquido, mucho mayor que los anteriores, y se calló. Esperé largos instantes sobrecogido, reteniendo la respiración. Oí abajo el chirrido de una puerta y un ruido confuso de pasos. ¿Huir? Sí, fué mi primer movimiento; pero me di cuenta en seguida de que ya no era posible: el Quinto me vería. Y tal vez descubriese también el desaguisado de la alcarraza... Ahora los pasos se aproximaban, parecían subir la escalera. ¿Qué iba a hacer, Dios mío, cuando la puerta se abriese?... ¿Me escondería?... Una ansiosa mirada en derredor bastó para disuadirme de tan torpe proyecto. No había allí escondite medianamente apropiado. El apuro y la urgencia me aconsejaron la solución más sensata, que era decir la verdad. Corrí de puntillas al ventanuco del patio y apreté mi tirador. En el mismo instante... volví a oír los ronquidos regulares del Quinto. Rapidísimamente comprendí: los pasos que subían la escalera eran más leves que los del Quinto. ¿Serían los de la hermana Alejandra, su mujer? Esta suposición me alivió mucho. A la hermana Alejandra no la*

temía: era inofensiva; el Quinto la trataba a batacazo limpio, “la traía mártir”, como decían en el pueblo, y ella, siempre sumisa y atemorizada, procuraba existir lo menos posible. Además, a mí me quería bien, porque era amiga de mi madre, y a veces me daba golosinas—orejones, melcocha o arrope, según la ocasión—de las que confeccionaba para el Quinto, que era muy galgo.

La puerta se abrió. Nueva sorpresa. La persona que entraba era mucho más menuda que la hermana Alejandra. Como había cerrado el postigo de la ventana que estaba junto a la puerta, no se veía bien en aquella parte de la cámara; pero sí lo bastante para saber que se trataba de una muchacha. Ella se paró al verme y retrocedió un paso. Luego vino hacia mí lentamente. Reconocí a la Sole, la sobrina del Quinto, a la que éste y la hermana Alejandra, que no tenían hijos, hacían vivir con ellos temporadas enteras.

—¿Qué haces tú aquí?—me interrogó, con la autoridad que le daba el ser familiar de la casa.

Le indiqué por señas que no alzase la voz, y le mostré con el tirador el ramaje del paraíso.

—He venido a matar pájaros... Para estrenar mi tirador...—le dije en voz baja, acercándome a su oído.

Ella no pareció muy satisfecha. Se apartó un poco y siguió hablando en voz alta.

—¡Bueno!... ¡Vaya susto!... Yo que pensé que serían las ratas...

La situación me sugirió una brillante idea diplomática: soborno. Rebusqué en mi bolsillo y saqué una bola de cristal que tenía dentro espiras de colores. A la Sole se le encandilaron los ojos.

—Toma, te la doy.

Pero ella no hizo ademán de cogerla. Apretó los labios y se puso a mirar con recelo, alternativamente, a la bola y a mí. Era evidente que temía alguna burla. Aquellas bolas, que me había enviado mi padrino desde Madrid, eran la envidia y la admiración de los muchachos del pueblo. Y no se regalan así como así semejantes tesoros.

—¡Tómala, tonta!—insistí—. De verdad, de verdad, que te la doy.

Al fin se decidió a tomarla, y la guardó codiciosamente en el bolsillo, tapándola con el boruño de su pañuelo.

—Ahora, di—me pidió muy seria—:

“Lo que se da no se quita,  
que hace Dios una gorgorita  
en el ojo derecho.”

*Cuando hube repetido la fórmula sacramental del pacto, se sintió completamente tranquila, y, tomando un aire de complicidad encantador, se me acercó para mirar también por la ventana. Ahora sí hablaba en voz baja, susurrante casi.*

*—No voy a decirle nada a mi tío, ¿sabes?... Desde aquí se matan muy bien pájaros, ¿eh?*

*Había apoyado en mi hombro su manecita e inclinaba gentilmente a un lado la cabeza, como buscando descubrir entre el ramaje todas mis víctimas inminentes. Sus ricillos rubios rozaban mi mejilla, y yo me sentía muy feliz, creyéndome el héroe—medieval, naturalmente: mi tirador era una ballesta—del folletín caballeresco que estaba leyendo aquel verano. Por el ventanuco entraban, con la algarabía de los gorriones, vaharadas de aire cálido, saturadas del aroma denso y agrisado del paraíso. ¡Qué distinto el mundo visto desde esta ventana del que momentos antes había divisado por la otra! Eran como los dos polos de la vida: allí estaban los pesados poderes que tiran de nuestros pies, aplastándonos contra la tierra; los ciegos fantasmas de la soledad, de la costumbre y del desaliento; aquí, las fuerzas levitantes del entusiasmo, de la aventura y de la poesía. Yo, con mi portazo, había aniquilado aquellos vestiglos maléficos y había suscitado la presencia de estos nobles espíritus, propicios y vitalizadores. En fin, algo así, aunque no de esta manera expresa, era lo que yo venía a sentir en aquel momento.*

*Tal vez fuesen aquellas confianzas de la Sole las que me hicieron descubrir, precisamente entonces, lo guapa que era. Nunca me había fijado bien en la muchacha, ésta era la verdad; pero ¿cómo había podido no reparar antes, por lo menos, en la maravilla de aquellos ojos color de oliva, ligeramente achinados y con un tornasol de estrías doradas que los hacía refulgir tan vivamente en la morenez mate y atezada del rostro? Tal vez nunca los había visto tan de cerca, o con una expresión tan íntima, o con una luz tan favorable... No sé. El caso es que me sentía tan orgulloso de que la muchacha más guapa del mundo—pues desde aquel momento para mí lo era—se me mostrase tan amistosa y confiada (ya había olvidado completamente la bola de cristal), que quise demostrarle inmediatamente lo que yo era capaz de hacer.*

*—Ya verás.*

*Cargué mi tirador y apunté a bulto al paraíso, tendiendo las gomas hasta que la mano me tembló de puro hacer fuerza.*

*La perdigonada levantó una desbandada en el árbol y creó un silencio repentino. Un instante después se dejó oír una especie de*

chillido en el patio, y nuestras dos cabezas se juntaron, asomándose al ventanuco. Un gorrión se debatía por el suelo, malherido.

Miré a la Sole. Sus hermosos ojos chispeaban de entusiasmo. Súbitamente se nublaron. “¡El gato!”, exclamó, y escapó a correr, escaleras abajo. Yo la seguí; pero, la verdad, es que no participaba gran cosa de su entusiasmo. Desde que vi caído al gorrión tuve la sensación vaga de que algo sucio y cobarde se estaba infiltrando en mi aventura venatoria.

Cuando llegué al patio, la Sole había cogido el pájaro. Ya no aleteaba; solamente abría y cerraba el pico, como buscando aire, hasta que las blancas membranillas de sus párpados se abatieron una vez sobre el azabache de los ojos y ya no se alzaron más. Lo mirábamos nosotros sin decir palabra..., testigos únicos de aquella pequeña agonía bajo el gran sol indiferente... ¡Qué impresión tan extraña! Por vez primera se acercaban a aquel animalejo seres humanos. Aquella pluma revuelta de la pechuga, ¡cómo emanaba arisca virginidad! Nadie la había tocado jamás. Era pura, purísima y misteriosa naturaleza. Lu alisé con dedos temblorosos. ¡Qué reciente y somera se sentía aún la vida bajo el temeroso tacto! Y ¡qué conmoción honda, eléctrica, de milagro roto, de bárbara profanación, se comunicaba a la raíz de las entrañas!...

Mis ojos se alzaron, una vez más, a los de la Sole. Refulgían los suyos con todo el verdeoro de sus estrias. Eran más hermosos que nunca, y hasta, diríase, más... inocentes. ¿Por qué entonces, Dios mío, hube de asociarlos con los del gato, que tan vivazmente había ella recelado momentos antes? Y ¿por qué esta asociación se enlazó con otra aún más horrible: la de sus palabras en la cámara: “Yo que pensé que serían las ratas”...? No sé si por efecto de la carrera o por la emoción predatoria que la agitaba, se le había encendido el color y le palpitaban las aletas de la naricilla. Sus dedos, delgados y morenos, se cerraron nerviosamente sobre el tibio copo de pluma. Luego acercó mucho su cara a la mía—por un momento creí que iba a besarme—, y me dijo muy bajito, muy bajito, con una sonrisa voluptuosa: “Vamos a asarlo en la lumbre de mi tía.”

Pero yo no podía apartar ya la mirada de aquella mano apretada, de la que pendía inerte la cabecita del gorrión. ¿Qué cosa confusa, inextricable, se estaba removiéndose penosamente en mi conciencia, con un dolor hondo de desgarradura? Me sentía en ridículo, humillado, vencido, y, a la vez, a punto de ganar una dura batalla. Algo me atraía fascinadoramente y algo me repugnaba hasta la náusea. Estaban revelándoseme, quizá, sin yo saberlo,

*las esencias eternas y contradictorias de la vida, y, también, verdades terribles de mi propio ser. Si hubiera podido traducirlas, tal vez hubieran sonado así: "El amor es un compromiso con la muerte." O bien: "Nunca podré ser un héroe y nunca, tampoco, podré renunciar a serlo." O, sobre todo: "El amor y el heroísmo son otras formas de la irremisible soledad del hombre." Claro es que yo no estaba entonces en condiciones de traducir nada. Bastante tenía con angustiarme e intentar desesperadamente conciliar lo inconciliable. Por eso, y porque la Sole me parecía ahora, en su inocente crueldad, más seductora que nunca, quise pensar, con un último esfuerzo de inconsciente hipocresía, que el pájaro yacía allí, en su mano, confiado y tranquilo como en una cuna, y que poco antes de morir habría agradecido que ella se acercase a recogerlo, y...*

*La evidencia entró en mí como un trueno y cortó en seco todo intento de componenda. Lo que el gorrión debió de sentir en realidad es que el mundo le abandonaba y se hundía en lo oscuro: en esencia, el mismo árido sentimiento que a mí me ganaba en la hora desamparada de la siesta. Sí, era aquello: la gran siesta del mundo, la terrible siesta del mundo. Cuando él cerró sus ojuelos, tan tristemente, le debió de parecer que era el mundo entero—su encendido mundo, hecho de pequeños placeres coruscantes, de hervientes saetillas de deseo—el que cerraba los ojos y le volvía la espalda.*

*Un golpe de sangre—es decir, de vergüenza—me subió al rostro, no sé desde qué profundidades, y un malestar inaguantable me empujó lejos de allí.*

*Aun tuve la debilidad de disculparme con la Sole precipitadamente, balbuciendo no sé qué necia excusa de un deber olvidado, antes de salir corriendo. Al atravesar la penumbra de los dos zaguanes, los ronquidos del Quinto se me antojaron impregnados de una ironía tan bronca e inhumana que a duras penas pude retener las lágrimas, y cuando salí al deslumbramiento de la carretera no quise mirar a Garduña ni al hermano Arcángel; pero sentí clavar-se sobre mi espalda, al tiempo que corría, las flechas torvas de sus risas.*

*¡Qué congoja, Señor, qué gran desolación, en los agostos, las horas blancas de la siesta!*

Antonio Rodríguez Huéscar.  
Fernández de los Ríos, 92.  
MADRID.